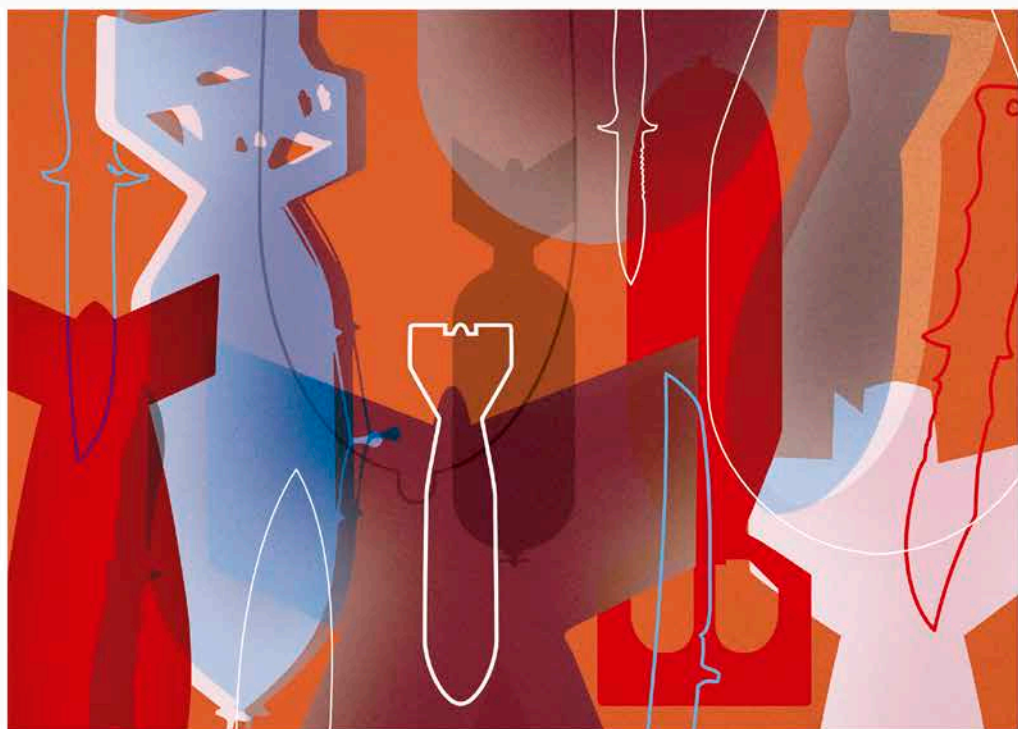


PA —
LA —
BRAS —
MA —
YO —
RES .

CUENTOS CRUELES





PA —
LA —
BRAS
MA —
YO —
RES .

Cuentos cruelles

Émile Zola

Mario Monteforte Toledo

Salvador Espriu

Eduardo Barrios

Julio Ramón Ribeyro

Pere Calders

Mempo Giardinelli

Enrique del Risco



Cuentos crueles / Emile Zola ... [et al.] ; compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires : Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2017.

112 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)

ISBN 978-987-4198-00-6

1. Cuentos. I. Calero, Mercedes , comp.

CDD 863

© Factotum Ediciones, 2017
Pasaje Rivarola 169 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 2003, 2017
C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.
Madrid, España
www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero
Coordinación editorial: Renata Cercelli
Prólogo: Hugo Salas
Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR
Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR
Diseño de interiores: Renata Cercelli
Armado: Brenda Wainer
Corrección: Jessica Presman y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-00-6

Libro de edición argentina.

Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

El nombre de este volumen obliga, en principio, a una salvedad. Crueles no son los cuentos que lo componen, sus miradas o las voces que los narran. Tampoco lo es su lenguaje, como si las palabras hubiesen sido elegidas persiguiendo un efecto triste. Lo cruel, una y otra vez, es el universo que retratan, la falta de miramientos entre las personas, las distancias y la aniquilación de cualquier atisbo de solidaridad social.

Como intuyera con enorme acierto e infelicidad Charles Dickens, el avance de las técnicas y la expansión de la industria no nos han conducido a un mundo más justo, más equitativo o feliz. Por el contrario, cuanto más producimos los hombres, más parece acentuarse la desigualdad y, aunque se extraiga hoy de la tierra más alimento del que necesitamos

todos sus ocupantes, el hambre continúa siendo una realidad en distintos confines, aun en los más ricos.

¿Es este abismo la causa de la violencia y la saña en su ejercicio -que no es otra cosa la crueldad-, como pensaba Rousseau, o acaso hay algo en la naturaleza humana que inclina a las personas al egoísmo, según creía Hobbes? Los autores de las páginas siguientes parecen concordar con el primero, sin dejar de reconocer en el ser humano el resquicio de una inquietante tendencia a la crueldad.

En estas distintas incursiones por la crítica social, el lector atento advertirá además, en el nivel formal, acaso el opuesto perfecto de la vieja fábula. No hay animal capaz de la maldad del hombre, no hay alegoría ni hecho sobrenatural que amortigüe el golpe, no hay enseñanza final para un mundo incapaz de verse en el espejo de la pluma. El cuento cruel es una parábola de escépticos para desencantados.

A fin de cuentas, acaso el más cruel de los actos humanos sea la compasión, como bien sugiere en el primero de estos relatos el vitriólico Émile Zola, uno de los grandes responsables de la actual concepción del escritor como intelectual obligado a participar de la vida pública. En pocas páginas, por medio de la contraposición directa, desprovista de sutilezas, instauro un debate que obliga a leer todos los demás relatos bajo otra

luz. El escritor que se complace en la belleza literaria del horror que narra, ¿no nos recuerda, en su gesto, la crueldad indiferente de la Marquesa, gozosa de patinar gracias a la misma helada que mortifica a los mendigos?

Esta delicada frontera entre la simpatía por los desdichados y la delectación en el espanto es también la materia de Mario Monteforte Toledo y Salvador Espriu en dos historias sobre la fuerza corruptora del tiempo y su avance incesante, inevitable, aun sobre los honores, aun sobre el más noble sentimiento de amor. La decadencia y la soledad –parecen decir– no son más que circunstancias sobre las cuales se abaten, inmisericordes, distintas formas sociales del ensañamiento.

A partir de la reiteración de elementos singulares y fortuitos, la procura del sustento en las condiciones más adversas, en ese margen del mundo que no cesa de crecer, entreteje a curiosas simetrías, en algún caso coincidencias totalmente inesperadas, entre los realismos crudos de Eduardo Barrios y Julio Ramón Ribeyro. El último, como Dickens, vuelve a encontrar en los más pequeños la cifra del mayor desamparo del mundo.

Pere Calders, por su parte, exprime con maestría el irónico desajuste entre deseo y circunstancias en la

muy poco piadosa parábola de un hombre que intenta sacar provecho de un diagnóstico terminal por la vía del matrimonio y Mempo Giardinelli, acosado por los fantasmas del pasado histórico, reescribe un clásico de la literatura argentina -“La gallina degollada”, de Horacio Quiroga- hasta dar forma a un estudio sobre el anhelo de venganza y su confusión con la justicia.

Cierra la colección Enrique del Risco con un texto brevísimo en el cual se atreve a ensayar, sin mediaciones y sin red, la voz misma de la crueldad, su movimiento despreocupado y calamitoso, en una paradoja sobre la generosidad altanera que nos devuelve a la pregunta original de Zola: ¿cuánto mal puede hacer un corazón seguro de ser bueno, obstinado en conservar, al mismo tiempo, el valor de una cultura asentada en la diferencia social?

Hugo Salas

Los hombros de la marquesa

Émile Zola

La Marquesa duerme en su magnífico lecho bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, al timbre claro del reloj, se decide a abrir los ojos.

¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las colgaduras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

Ni bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama a Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime, ¿hiela?

¡Oh, excelente Marquesa! ¡Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frío terrible, para ese viento norte del que ella está libre, pero que debe soplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apiadado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiritan.

—¿Hiela?

La doncella le ofrece el peinador que la Marquesa se pone al levantarse y que acaba de calentar a un buen fuego.

—¡Oh! Sí, señora; hiela más que nunca. Acaba de encontrar a un hombre muerto de frío en un ómnibus.

La Marquesa siente una alegría infantil, se restriega las manos, y exclama:

—¡Ah, tanto mejor! Iré a patinar esta tarde.

II

Julia descorre las cortinas poco a poco, no sea que una brusca claridad hiera los delicados ojos de la encantadora Marquesa.

El reflejo azulado de la nieve penetra alegremente en la habitación. El cielo está gris, pero es un gris tan bonito, que recuerda a la Marquesa una túnica de seda gris perla que llevaba la víspera en el baile del ministerio. La túnica estaba adornada con blondas blancas, parecidas a los hilos de nieve que ve en los

La espera

Mario Monteforte Toledo

—No te lo digo por mí; yo no cuento en esto. Es tu vida entera la que va a cambiar. Es como si... como si nacieras de nuevo. No es fácil empezar así, de la noche a la mañana. Y yo... no quiero que sufras.

Ella no deseaba decir eso. Si no sonara tan brutal, quería decirle que a él no le gustaba trabajar, que no sabía hacer nada, que ya empezaba a fugársele el pelo y a ajársele la cara de niño simpático, de muchacho encantador que había lucido siempre. No se puede vivir eternamente en la adolescencia; los adolescentes de cuarenta años son peores que los niños que todo lo saben. Él no imaginaba cómo sería convertirse en uno de esos seres inexpresivos que pasan por la calle en las noches y a quienes uno encuentra en la vida una sola vez. No imaginaba lo que era vivir sin anécdota, sin leyenda, como un ser sin padres y sin hijos.

—¡No pienso irme! —dijo él—. Solo me asilaré unos días, hasta que se normaliza esto. Luego volveremos y todo saldrá bien.

—Tú no tienes nada que esconder. Tú no debes asilarte. ¿Por qué no te quedas en tu casa mientras se ve lo que sucede?

—A mí no me importan las culpas sino mi obligación. ¿No ves que si todos se van yo también tengo que largarme? —gritó con cólera y angustia—. ¿Qué dirían de los dirigentes si nosotros, los del montón, nos quedamos afuera? ¿No comprendes el... el testimonio que daríamos?

Ella no sabía nada de política y se abrazó a él.

—Eres muy noble —dijo.

Alberto sintió gratitud, brevemente. Con disimulo consultó el reloj que ella le había regalado. Eran las seis de la tarde y la ciudad estaba sumida en silencio. Y sin embargo se adivinaba que de cualquier azotea podrían disparar o arrojar una bomba.

Él se puso de pie, infló el pecho y se lo golpeó con los puños.

—Te digo que es cosa de unos días. Estos se van a caer solos. Entonces volveremos. Ya verás.

Teresa presintió que él no se engañaba a sabiendas. Puso en orden el sofá, estiró la alfombra y juntó la ceniza en el cenicero que Alberto le había regalado.

Lentamente paseó la mirada por la sala y anticipó una soledad peor que la de antes, cuando no había encontrado a este muchacho alegre a quien entregar toda la rabiosa ternura que había acumulado.

Él también echó una ojeada por la sala y le disgustó por completo: su orden escrupuloso, su mezcla de falta de gusto y de novedad establecida casi penosamente; la fotografía oval de la señora, con su gargantilla tiesa, su cabello partido en dos hacia las sienes y su cara vulgar, de muerta sin ancestros. Y sin embargo daba cierta ternura la limpieza, el cuidado con que se buscaba el decoro y la supuesta buena condición de la clase media. Esta aún podía ser su propia casa. Él no tenía siquiera una cama que fuera suya. Él solo era un muchacho alegre con su empecinada adolescencia, a quien todo se le celebraba y se le perdonaba.

Junto a la puerta la estrechó contra sí y sintió pena por los dos. Especialmente por ella, tan simple, tan llena de fe en el amor, a pesar de sus años. Era mayor que él -nunca se dijo cuánto- y tenía un rostro sin nada notable, pero atractivo y armonioso. Su cuerpo había hecho soñar a toda su generación cuando pasaba por la calle tan esmeradamente vestida, invulnerable a las relaciones fáciles. No era severidad con lo que se defendía del acecho sino una sonrisa ingenua y a la vez adulta. Estaba demasiado lejos de

Teresita que bajaba las escaleras

Salvador Espriu

“No vale, aún no vale. Tú miras. Tienes que cerrar los ojos y ponerte de espaldas a nosotros, mirando hacia Santa María. Pero primero hay que fijar el recorrido, que será por la calle de los Cordeleros, por la de la Bomba, por detrás del Horno, la calle de la Iglesia y la placita. No, por la rambla no, porque nos hundiríamos y el recorrido ya es muy largo. Si lo ampliamos, no nos alcanzaremos nunca, y además nos cansaríamos demasiado. La casa del párroco, pared de toque, lo convinimos así. Pero no hay que trampear. Teresa se queda, va, corramos. No vale, está mirando. Teresa, hija, ya te lo he dicho, tienes que ponerte de espaldas a nosotros, mirando hacia Santa María. Si lo haces, no importa que cierres los ojos, pero no te muevas hasta que gritemos. Pero bueno, ¿no me entendiste? Por la calle de la Torre sí, ya lo he dicho. Por

la rambla no, que tropezamos con la arena. ¿Quieres que contemos de nuevo? Hemos contado antes, Teresa. ¿No te conformas? ¡Qué manera de perder el tiempo! Se hará de noche, amorrarán las barcas y no habremos empezado a jugar. ¿Que La Panchita vuelve de Jamaica? ¡Cualquiera diría! Mi padre fue más lejos, hasta Rusia. Volvió con un abrigo de pieles y con él, con tanto pelo encima, parecía un oso. Cuando fue a dar las gracias por su regreso, fray José de Alpens, que estaba en el púlpito, lo saludó, en broma, como si fuese el demonio, mi padre siempre lo recuerda. Va, ¿jugamos o qué? No, nuestra fragata no es la única del mundo, no presumas tanto. Ay, hija, ¡qué tozuda eres! Contemos, y a quien le toque, que no proteste. Macarrón, macarrón, chambá, chibirí, chibirí, mancá. Tú, otra vez, Teresita, está bien. A esconderse, a escape. ¿Cojeas, Bareu? Esperen, chicos, que el Bareu cojea. ¿Se le hacen condiciones o vigila la barrera? Bueno, que ayude a vigilarla. No te quejes, Teresita, que no te quedas sola. Va, por fin. ¡Eh, de espaldas! Si Bareu, cojo o no, hace de portero, nos será casi imposible acercarnos a la casa del párroco. ¿Quién grita ya? No, Teresa, no, nosotros aún no nos habíamos escondido. No bajes las escaleras, Teresita, te digo que no las bajes, un tonto ha gritado antes de tiempo. ¿Excusas, enredona yo, que me veo atrapada? ¡Qué pocas ganas

de jugar tenés! Y te da rabia quedarte, eso es. No bajas las escaleras, ¿no me oyes?, no las bajas. Está bien, reñidas. Sí, ya puedes perseguirme, no juego”.

II

“¿No las habías visto? ¡Chico, dónde te habías metido, si volvieron ayer! Esta vez fue todo un viaje, un viaje de tres meses por el Báltico, y después, por tierra, claro, por Alemania, Suiza, Milán, Venecia y Florencia. Dejaron La Panchita en Danzig. Es extraño, no tenían que ir a Italia, porque el viaje era solamente por mar, un viaje comercial. Debieron de engatusar al capitán, con mucho mimo, para convertirlo en un viaje de placer, en una gira romántica. Su padre les concede todo lo que piden. Hoy están radiantes, cuentan y no acaban. Han traído montones de objetos magníficos: cristalerías de Trieste, porcelanas procedentes de Capodimonte, mármoles, sedas, medallas. En Fiésole se encontraron con Vicente de Pastor, o fue él quien supo hacerse el encontradizo, porque quiere a Teresa. Pero sospecho que no ha regresado demasiado triunfador, porque está cabizbajo y se niega a todo comentario. Sí, son unas chicas muy guapas y Teresa lo es más que Julia, ¿que no? No estoy de acuerdo, Teresa es más guapa.

Sobre todo desde su regreso, le noto un brillo en los ojos, una luz recogida y lejana, una alegría oculta y manifiesta a la vez. Julia es más fina, pero también más frágil y está delicada. La madre murió tísica y esto fue un golpe para el capitán. Esto y el disgusto de su hijo, lástima de chico. Creo que ahora está en Trinidad, entre negros y la peor chusma blanca. Se casó con una criolla, a saber si medio mulata, y tienen una criatura esmirriada, una niña jorobada y creo que lo pasan muy mal. Ya se acercan. Mira cómo bajan las escaleras de la iglesia, ni rozan los peldaños. Teresa está espléndida, tú quédate con Julia. Puedes reírte si quieres, pero parecen unas duquesas y en el baile de la enramada, esta tarde, serán las reinas”.

III

“No saludes a Teresa, no la saludes, no ve a nadie. ¡Cómo ha cambiado, ella, antes tan alegre! Son muchos golpes, uno tras otro. Julia murió, después de una lenta agonía y de haber luchado largos meses, con gran coraje, contra la muerte. El mismo día que murió, La Panchita encalló en las bocas del Ródano. No, no fue una gran pérdida económica, porque Vallalta es rico, ¡pero le tenía tanto cariño a su

Índice

Prólogo, 5

Los hombros de la marquesa, 9

Émile Zola

La espera, 15

Mario Monteforte Toledo

Teresita que bajaba las escaleras, 35

Salvador Espriu

Santo remedio, 45

Eduardo Barrios

Los gallinazos sin plumas, 59

Julio Ramón Ribeyro

Muerte en fecha fija, 77

Pere Calders

El ciego, 95

Mempo Giardinelli

Espíritu sensible, 105

Enrique del Risco

PALABRAS 31 puntos

PALABRAS M. 25 puntos

PALABRAS MAYO 20 puntos

PALABRAS MAYOF 18 puntos

PALABRAS MAYORES 16 puntos

📍 PALABRAS MAYORES 15,5 puntos

PALABRAS MAYORES] 15 puntos

PALABRAS MAYORES P/ 14 puntos

PALABRAS MAYORES PAL 13 puntos

PALABRAS MAYORES PALA 12 puntos

PALABRAS MAYORES PALABR. 11 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS 10 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MA' 9 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PAL 7 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS] 6 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES F 5 puntos

PALABRAS MAYORES es la colección de literatura que diseñamos pensando en tu confort. Elegimos para ello la tipografía, su tamaño e interespacios, las interlíneas y los márgenes de página más cómodos.

Cuanto menos se cansa tu vista, más lees.

Cuanto más lees, más lejos llegás.